

EL PUBLICANO DESCENDIÓ A SU CASA JUSTIFICADO, ANTES QUE EL FARISEO - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Lc 18,9-14

A unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: "Dos hombres subieron al Templo a orar: uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, diezmo de todo lo que gano".

Pero el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "Dios, sé propicio a mí, pecador". Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro, porque cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido".

Jesús ya ha hablado a sus discípulos sobre la importancia de la oración como experiencia de una presencia constante de Dios en la vida de cada uno de ellos, y como la oración se tiene que manifestar en esa confianza al sentir que Dios está presente en la vida de cada uno, y cada uno se tiene que sentir colaborador comprometido en llevar adelante su causa.

En el evangelio de este domingo Jesús quiere centrar la atención de sus discípulos en dos modos diferentes de orar ante Dios. Para ello Lucas escoge a dos personajes de la sociedad de su tiempo de extremos opuestos. De un lado un fariseo que presumía de su apego a las tradiciones religiosas y a la Ley de Moisés. De otro lado un recaudador de impuestos, personas impuras totalmente excluidas de la salvación debido al trabajo que realizaban como colaboradores con el imperio romano recaudando los impuestos. Ellos se quedaban con una tasa sobre el impuesto para ellos mismos. Eran ladrones de profesión que robaban al pueblo que pagaba sus impuestos.

El fariseo fue al templo situándose en el centro del santuario para rezar. Se dirige a Dios refiriéndose a sí mismo, pues el centro de su oración se dirige a su misma persona. Primero hace una lista de su comportamiento partiendo de situaciones negativas: "te doy gracias Señor Dios mío por no ser como los demás, ladrón, injusto o adúltero, ni tampoco como ese recaudador". La vida de este hombre está

enfocada hacia una serie de comportamientos que se fundan en lo negativo: no ser esto o lo otro. De esa manera puede sentirse por encima de los demás al compararse con los otros hombres, dejando muy claro que no tiene nada que ver con las aptitudes malvadas o poco religiosas de estos pecadores. Esta era la vida del fariseo, meticuloso en la observancia de la Ley. Se creía por encima de los demás por su empeño en la observancia de la ley de Moisés, despreciando al resto. El término fariseo en hebreo quiere decir separado. Se separaban de los que no se comportaban como ellos. Esto no quiere decir que no viviesen en medio de la gente, al contrario, amaban ser considerados como modelos de santidad.

Después pasa al positivo: primero pagar el diezmo, como interpretación exhaustiva de la Ley, pues esta no llegaba a ese nivel de meticulosidad. Por otro lado el ayuno, pues ayunaba dos veces a la semana. La Ley decía que era necesario ayunar una vez al año en la fiesta de la expiación (Yom kipur). El fariseo quiere ser más que la Ley ayunando dos veces a la semana, recordando la subida y bajada al Sinaí de Moisés. Son aptitudes positivas que en el fondo no valen para nada.

Ni la comparación negativa "no soy como los otros hombres" ni en lo positivo los diezmos o el ayuno, son actos que sirvan para el bien de los demás, ni permiten al fariseo ser más humano. Este modo de orar, típico de la persona religiosa lleva siempre a una incapacidad de crecer humanamente, pues no sirve para la maduración personal, ni se tiene interés por la vida de los demás, sólo hacia sí mismo. El fariseo le pasa una factura a Dios por ser una persona impecable, cuando en el fondo de estas palabras se le ve completamente inútil. En el evangelio de Lucas los fariseos serán atacados por Jesús por lo mismo que ellos niegan ser: ladrones, e injustos.

Por otro lado está el recaudador de impuestos, que se queda al fondo, que no tiene el valor de alzar los ojos al cielo, siendo lo único que pide a Dios que le muestre su misericordia. Sabe que su vida no es una vida que valga mucho, pero confía en que esta misericordia pueda ayudarle a encontrar poco a poco sentido a su vida.

Jesús acaba la enseñanza diciendo que de vuelta a casa el fariseo no bajó reconciliado con Dios, en cambio el publicano llegó a su casa a bien con el Padre. Jesús está llamando la atención a sus discípulos para que no caigan en el peligro de hacer de la oración algo que separe o sirva para considerarse superior. La oración tiene que ser una manifestación de la confianza que el discípulo tiene hacia Dios padre, el único que puede darle lo que necesita para que su vida pueda crecer de manera saludable.

Jesús nos dice que Dios no mira nunca los méritos de las personas. Sólo atiende a las necesidades de las personas. Por ello el recaudador llegó a su casa a bien con Dios, pues le ha dado todo lo que este hombre necesita para que pueda empezar a sentir su vida de manera distinta. El evangelista no nos dice que se haya arrepentido o que intente cambiar su aptitud. La confianza puesta en el Padre, puede hacer sentir su vida de manera distinta.

El Padre no mira los méritos de las personas, sino sus necesidades, precediéndolas, para garantizar la felicidad de sus hijos. Esta felicidad se podrá vivir en plenitud cuando seamos capaces de interesarnos también por la felicidad de los demás.